



Eje I: “La integración regional como horizonte”: geopolítica del poder, soberanía y unidad latinoamericana

Mesa 2: Geopolítica e integración regional. Reconfiguración del orden mundial

Título de la ponencia: **Crisis de hegemonía, ascenso de China y seis tendencias de la transición del sistema mundial**

Autor: **Gabriel Merino y Julián Bilmes** (IdIHCS-UNLP-CONICET, Red PLACTS)

Introducción

La pandemia por COVID-19 ha dado lugar a una situación mundial por demás caótica, convulsionada y conflictiva. Ello ha puesto de manifiesto con mayor visibilidad la magnitud de la crisis y transición del sistema mundial en que nos encontramos, lo cual se ha podido apreciar en distintas señales y síntomas que ponen de manifiesto, con mayor intensidad, el declive estadounidense y occidental frente al ascenso de Asia-Pacífico, con China a la cabeza. Ésta ha tenido un rol destacado en lo que hace a gestión social de la pandemia, cooperación y capacidad de liderazgo a nivel interno e internacional, frente a la falta de cooperación, coordinación y articulación de las respuestas en el mundo occidental, además del propio desastre sanitario y el golpe económico sufrido.

La crisis de hegemonía de EEUU ha entrado en el devenir hacia la fase de desorden global o caos sistémico, profundizando los antagonismos estructurales del sistema capitalista mundial y su orden geopolítico como también las luchas para definir nuevos rumbos frente a la crisis civilizatoria que atravesamos. En este sentido, la pandemia ha actuado como catalizador de un conjunto de tendencias previas de la transición histórico-espacial del sistema mundial. La aceleración de dichas tendencias ha definido un nuevo momento geopolítico mundial (Merino, 2022).

Se presenta a continuación el abordaje general con el cual se trabajará, así como una lectura sobre las 6 dimensiones y tendencias generales de la crisis y transición del sistema mundial contemporáneo, en sus escalas y temporalidades, estructurada en: 1) El ascenso de Asia Pacífico, y de China en particular, a la par del declive relativo del Occidente geopolítico, y de Estados Unidos en particular; 2) La crisis de hegemonía y del orden mundial; 3) Las crecientes contradicciones político-estratégicas y

generalización de la Guerra Mundial Híbrida y Fragmentada; 4) La crisis del capitalismo financiero neoliberal y de la llamada globalización; 5) El nuevo paradigma tecno-económico (“Cuarta Revolución Industrial”) en ascenso; 6) Una serie de procesos disruptivos en los países periféricos y semiperiféricos. Se finaliza con el abordaje de los impactos de estos procesos entrelazados en Nuestra América, frente a la disyuntiva entre la profundización de la condición periférica, dependiente y “subdesarrollada” de nuestros países o bien la recuperación de la apuesta por la autonomía, la soberanía popular y la justicia social.¹

1. Declive de EEUU y ascenso de China

Para analizar esta coyuntura debemos tener presente que, en términos más amplios, nos encontramos atravesando un proceso inverso al acontecido desde fines del siglo XV de expansión y ascenso de Occidente y de su consolidación a fines del siglo XVIII y principios del XIX, conocido como “Gran Divergencia”. En esos años, mediante la conquista del subcontinente indio y las “guerras del opio” contra China, el imperialismo capitalista occidental encabezado por Gran Bretaña logró subordinar y periferizar las economías más importantes del mundo y las dos civilizaciones milenarias más populosas, para imponer el sistema capitalista moderno a nivel mundial. Este evento constituye un punto de quiebre que cristaliza el ascenso de Europa occidental iniciado a finales del siglo XV y que, a finales del siglo XIX completa, con la conquista de África, su extensión al conjunto del orbe. Entre 1492 y 1914, Europa occidental conquistó el 84% del mundo, imponiendo su modernidad.

En contraste, en el siglo XX y luego del vertiginoso ascenso de Japón y de los “tigres asiáticos” re-emerge China, centro histórico de Asia Pacífico, que hasta principios del siglo XIX explicaba una tercera parte de la economía mundial. Es a partir del proceso de liberación victorioso que se cristaliza en la revolución nacional y social de 1949 cuando comienza la reconstrucción del poder nacional de China, en donde las fuerzas populares protagonizadas por el campesinado pobre aprovechan la oportunidad estratégica del período de guerra interimperialista, crisis y transición hegemónica 1910/1914 - 1945/1953.

Por otro lado, los primeros signos de reacción en Asia Pacífico se dieron con el desarrollo de Japón, primero como imperialismo capitalista con proyecto propio y luego, derrotado en las guerras mundiales, como pilar clave en dicha región de la hegemonía anglo- estadounidense de la posguerra y parte del núcleo orgánico del capitalismo mundial,

Este trabajo constituye una versión sintética del primer cuaderno del colectivo de investigación China en el (des)orden mundial del Instituto Tricontinental de Investigación Social, oficina Buenos Aires, integrado por los autores junto a Amanda Barrenengoa.

conocido como Norte Global. De hecho, Japón fue central en el desarrollo de la llamada “Tercera Revolución Industrial”, como denominación de la mundialización de la Revolución Científico-Técnica, centrada en el paradigma micro-electrónico o electro-informático y el avance de las Tecnologías de la Información y la Comunicación. Esta transformación guardó relación con el desarrollo de la forma transnacionalizada del capitalismo y la instauración de las relaciones de producción bajo el paradigma flexible. En ese marco, la región que se conoce como Asia Pacífico u oriental emergió como nuevo polo dinámico de acumulación del capitalismo mundial.

Sin embargo, el caso de China es especial por su escala, por su historia y por las características de su proyecto político y modelo de desarrollo. El “aprovechamiento” por parte de China de la deslocalización industrial y la transnacionalización económica, así como las reformas de mercado, se hicieron desde un proyecto de desarrollo nacional que implicó, entre otras cuestiones, el establecimiento (obligatorio) de empresas conjuntas entre el capital extranjero y sectores productivos nacionales, la protección industrial nacional, y la exigencia de transferir tecnología y de reinvertir en China las ganancias obtenidas.

Además, China mantuvo el control de la economía nacional mediante grandes conglomerados estatales que canalizan el excedente hacia una enorme inversión para desarrollar las fuerzas productivas, los cuales conquistaron el mercado mundial. Es decir, lejos estuvo China de adoptar un modelo de privatización salvaje, extranjerización de la matriz productiva y las famosas “reconversiones productivas” que terminaron siendo, bajo las experiencias comandadas por el programa financiero neoliberal, grandes procesos de desindustrialización y destrucción de la complejidad productiva.

Las reformas de 1978, si bien dieron lugar a una liberalización y privatización de distintos sectores económicos, se gestionaron bajo la dirección estatal de acuerdo a planes estratégicos que evaluaban cómo y dónde abrir su economía, en pos de captar los flujos excedentes de capital abundantes en el este asiático. A la par, se sostuvo la propiedad colectiva de la tierra (impuesta con la revolución del ‘49) y el control estatal de sectores y palancas estratégicas de la economía nacional, como el sector bancario y la moneda.

Otra cuestión que suele resaltarse del ascenso de China es su acercamiento a Estados Unidos en los años ‘70 y casi que se establece la misma caracterización del desarrollo japonés luego de la derrota en la Segunda Guerra Mundial. Es cierto que el acercamiento geopolítico entre Washington y Beijing, como quedó de manifiesto en la visita de Richard Nixon a China en 1972 y los acuerdos con Mao para “normalizar” las relaciones entre ambas potencias, resultó clave en esta historia. De hecho, fue

fundamental el distanciamiento entre la Unión Soviética y China para modificar profundamente el escenario de poder mundial a favor de Estados Unidos y, a su vez, sortear los bloqueos geopolíticos que tenía Beijing para destrabar el exponencial desarrollo de las últimas décadas. Pero ese acercamiento no implicó de ninguna forma una subordinación estratégica de Beijing, ni consistió en un “desarrollo a convite” o “capitalismo asociado” con el que siempre se ilusionan buena parte de elites latinoamericanas de Brasil, México o Argentina. China no devino en un “vasallo” con el territorio militarmente ocupado como Alemania y Japón luego de sus respectivas derrotas en la Segunda Guerra Mundial, donde les fue “permitido” re-emerger, pero bajo esa condición. En contraste, en la actualidad es tal el desarrollo de las fuerzas armadas chinas que ya eclipsaron la primacía que tenía Estados Unidos en el Pacífico occidental y junto con Rusia han desarticulado el monopolio de la supremacía militar absoluta que ostentaba el Pentágono.

Si en la transición anterior China salió despojándose de su subordinación neocolonial y abrió su propio camino nacional-popular para escapar de su absoluta periferalización, en esta transición se observa el salto de semi-periferia a centro económico en sus núcleos más desarrollados (que enlazan a una población de 400 millones de personas con ingresos comparables a los de Europa occidental) y de potencia regional a gran potencia mundial, constituyéndose en un “rival sistémico” para la declinante primacía anglo-estadounidense y occidental que lleva dos siglos.

2. Crisis del orden mundial

Cuando hablamos de crisis de hegemonía nos referimos a la descomposición del orden mundial que se estableció luego de la Segunda Guerra Mundial y que se fue reconfigurando hacia 1980-1990. Este orden implicó el ejercicio de dominación y conducción anglo estadounidense y del Norte Global en el entramado político y económico mundial, a partir de un conjunto de instituciones que buscaban darle cierto orden y equilibrio al sistema internacional. Éste se fue resquebrajando y perdiendo grados de consenso, hasta su carácter hegemónico en el tablero mundial luego del 2008. Estados Unidos mantuvo su dominio, pero dejó de ser el árbitro global exclusivo de las relaciones internacionales.

La primacía del dólar y el poder financiero, la capacidad militar del Pentágono y sus satélites y el liderazgo científico-tecnológico son indicadores insoslayables del poderío de Estados Unidos. Pero el poderío relativo de una potencia y de sus grupos dominantes no quiere decir hegemonía: ésta implica el establecimiento de un conjunto de alianzas con otros grupos dominantes y subalternos del sistema que edifican un determinado orden mundial; la capacidad de instituir un sistema de mediaciones, un orden que cristaliza las jerarquías interestatales, de ejercer el arbitraje y administrar el uso de la

fuerza como elemento disciplinante en última instancia; la construcción de una legitimidad (fuerza más consenso) anclada en aspectos materiales y simbólicos; y la coordinación de un proceso de acumulación ampliada de la economía mundial, entre otras cuestiones (Cox, 2016).

Este proceso de crisis de hegemonía se corresponde con la pérdida de poder relativo en el plano económico y tecnológico mundial, la falta de consenso con los aliados de la OTAN en distintos tableros, sus contradicciones internas entre las clases dominantes y el malestar de las clases populares ante la creciente polarización social. En el plano interno, esta crisis puede verse desde finales de los años noventa mediante una puja interna entre fracciones de poder – globalistas y americanistas– en ascenso, que genera un punto de inflexión con la crisis financiera global de 2008. En paralelo, el gran crecimiento de la economía china, la crisis europea en 2009 y las tensiones con el eje franco-alemán, el lanzamiento de los BRICS en 2009 como expresión de las grandes potencias de la semi-periferia emergente, la guerra en Ucrania en 2014 y los procesos de insubordinación del Sur Global contribuyen al resquebrajamiento del mundo unipolar.

Desde 2016, el gobierno de Trump termina de consolidar el proceso de declive que ya venía transitando EE.UU. como líder global en tanto las fuerzas nacionalistas-americanistas que asumen el gobierno desarrollan una política que golpea algunos de los pilares del orden mundial en crisis, como la propia OTAN, la OMC que es atacada por el proteccionismo estadounidense y la desarticulación de grandes tratados multilaterales de comercio e inversión –el Tratado Trans-Pacífico y el Tratado Transatlántico– que constituían una herramienta fundamental para contener a China, Rusia y los poderes emergentes, entre otras cuestiones.

Esto implica también la crisis de la hegemonía del eje atlantista de la economía mundial, que tradicionalmente dirigió la civilización capitalista moderna, centrada, principalmente, en el norte de Europa Occidental y, actualmente, bajo la dirección estadounidense. Con el ascenso de Asia Pacífico y la reorientación del proceso de acumulación hacia allí, se profundizan también las contradicciones entre unipolaridad y multipolaridad relativa. A la par que se comenzaba a desgastar el diseño mundial unipolar hacia 2001-2008, se pueden identificar dos geoestrategias diferenciadas a lo interno de EEUU y el mundo angloamericano en general (incluyendo también al Reino Unido y sus esferas de influencia): la unipolaridad unilateral, expresada por Trump, y parcialmente por Bush anteriormente, miembros del Partido Republicano, en EEUU, y la unipolaridad multilateral, más vinculada a los globalistas del Partido Demócrata como Clinton, Obama y ahora Biden. En cambio, la multipolaridad pone de manifiesto la posibilidad de distintos bloques de poder con sus respectivos proyectos estratégicos. Actualmente, el orden mundial articula rasgos de multipolaridad con bipolaridad (EEUU vs. China).

Por su parte, en los territorios periféricos del Sur Global, las consecuencias de largo alcance de las políticas neoliberales instauradas a partir del Consenso de Washington (1989) generan el cuestionamiento al capitalismo financiero transnacional, y tuvieron cierto margen de autonomía relativa durante la primera década de los años 2000, con un contexto favorable para los países emergentes. Particularmente en la región latinoamericana y caribeña, la crisis del régimen neoliberal junto con el acercamiento de China, han impactado directamente en el rol hegemónico de EE.UU. para con lo que consideran como su histórico “patio trasero”.

Por otro lado, la estrategia de política exterior china plantea un juego dual que mantiene en vigencia las instituciones creadas por Estados Unidos en la posguerra (como el FMI, el BM o la OMC), a la par que ha creado nuevos instrumentos como los BRICS, el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII) que eclipsó al FMI y al Banco Mundial, la Asociación Económica Integral Regional (RCEP en inglés) en Asia Pacífico y la exponencial Iniciativa de la Franja y la Ruta (o “nueva ruta de la seda”). También se destaca a nivel regional en Nuestra América la importancia que le da China a la CELAC, incluso a pesar de los propios gobiernos neoliberales-conservadores de la región.

3. Contradicciones político-estratégicas y Guerra Mundial Híbrida y Fragmentada

En el marco del panorama mundial que venimos describiendo, también se expandieron los conflictos entre diferentes fuerzas sociales. Por un lado, aquellas que buscan sostener el viejo orden, antes predominante y hoy en crisis, y por otro, las fuerzas emergentes que, ante el resquebrajamiento de éste, pujan por un mundo multipolar. El establecimiento mismo de este nuevo orden pone en jaque la supervivencia del proyecto anglo-estadounidense que tuvo a Estados Unidos como potencia mundial predominante durante los últimos 70 años, lo cual genera contradicciones que se agudizan a medida que avanza el ascenso de China.

La agudización de un conjunto de contradicciones sistémicas que incluye a los grandes poderes mundiales, se expresa en una generalización de conflictos que puede observarse como una especie de guerra híbrida mundial: se desarrollan diferentes niveles y planos en los enfrentamientos (guerra comercial, guerra económica a través de sanciones y bloqueos, guerra monetaria-financiera, guerra de información y “psicológica” y ciber-guerras), articuladas con conflictos bélicos o escenarios atravesados por enfrentamientos que combinan formas militares regulares e irregulares. Aumenta así la proliferación de enfrentamientos bélicos que, directa o indirectamente, involucran a las principales potencias mundiales. Esto conlleva a una situación de contienda fragmentada con rasgos novedosos que combinan viejas formas bélicas (en conflictos

como Siria, Ucrania, Libia, Yemen, Irak, Afganistán, etc.), con formatos más “suavizados” o menos visibles –pero igual de obscenos–, como en Cuba, Venezuela, Bolivia, Nicaragua y el conjunto de América Latina. De esta manera, las situaciones de enfrentamiento se multiplican y se despliegan hacia todos los ámbitos: guerra comercial, ciberguerra, guerra de monedas, guerras financieras, “lawfare”, etc.

Asimismo, el hecho de que China haya conseguido la primacía productiva, quiebre los monopolios tecnológicos, dispute el acceso, la producción y la comercialización mundial de las materias primas, o que junto a Rusia termine con el monopolio de la supremacía militar absoluta de Washington y el polo de poder angloamericano, son indicadores de un nuevo mapa de poder mundial. Lo cual alimenta la situación económica de disputa en términos de guerra comercial, guerra financiera (a través de sanciones, bloqueos, y otros mecanismos) y guerra por la supremacía tecnológica (con Huawei y el 5G como punta del iceberg), que constituyen tres frentes en los que se libra la actual Guerra Mundial Híbrida y Fragmentada.

En este escenario, la emergencia de nuevas fuerzas antiglobalistas en Estados Unidos y el Reino Unido desde 2016 daban la pauta de un nuevo ciclo de recrudescimiento y polarización política en el cual los sectores cuyos intereses ya no reivindican la globalización neoliberal construyen una estrategia de oposición a las instituciones internacionales como la OMS, y redirigida hacia China y Rusia especialmente. Es decir, la guerra comercial, económica y financiera se expande hacia un cambio en la estrategia militar de EE.UU. desde 2017, donde se retoma la centralidad del enfrentamiento con aquellos Estados que amenazan la “prosperidad” y los “valores” estadounidenses más tradicionales.

4. Crisis económica estructural del capitalismo financiero global

Atravesamos una crisis económica estructural que se observa con claridad desde 2008, especialmente en el Norte Global, y que está en relación a la crisis del capitalismo financiero neoliberal y de la globalización bajo dicho proyecto. Desde 2008 buena parte del mundo ingresó en una fase de bajo crecimiento, que particularmente se acentuó en el núcleo orgánico de la economía capitalista mundial. Ello coincide con el freno al proceso de “globalización” económica por el cual, desde los años ochenta, por cada punto de crecimiento del PBI mundial, crecieron dos puntos el comercio y tres puntos la inversión extranjera directa. Desde 2008-2009 ya no se verifica esa fórmula.

Esta situación agudiza la lucha entre capitales, y las tensiones entre los Estados por los recursos naturales, por las patentes y los monopolios tecnológicos, las resistencias y luchas sociales que articulan demandas de clase, género, étnicas, ambientales, entre varias otras. Ante el problema de crecimiento de la economía mundial luego de la crisis financiera de 2008, nos encontramos con una situación de estancamiento y crisis difícil

de revertir bajo los mismos parámetros de financiarización del capitalismo global. La economía capitalista no ha podido volver a las tasas de crecimiento previas a la crisis de 2008, por lo cual se trataba de un problema previo, que la pandemia vino a agravar. Un problema que también contrasta con la situación de China.

La cuestión de la financiarización y el estancamiento debe articularse con el análisis a largo plazo, ya que se encuentra estrechamente relacionado a la crisis de hegemonía y los procesos de sobre-acumulación de capital propios de estas transiciones geopolíticas, como observa Giovanni Arrighi (2001, 2007). Tenemos por un lado la exacerbación del mercado de valores y la financiarización de la economía ficticia visible en empresas tecnológicas de punta como Alphabet (holding matriz de Google), Amazon, Apple, Facebook y Microsoft, las cuales representan ahora una quinta parte del índice S&P 500. Y por otro, las acciones estatales para robustecer sus economías reales ante la situación de crisis por COVID-19 y recesión de la economía del Norte Global, con una deuda pública cercana a los niveles de la segunda posguerra. Y al igual que en la crisis financiera de 2008, las perspectivas son de mayor concentración y centralización de capital para las redes financieras globales y sus transnacionales, que se robustecen en este escenario mientras que las pequeñas empresas son las más perjudicadas. De esta manera, la crisis profundiza las fracturas existentes.

Este círculo vicioso crea una profunda crisis de legitimidad y exagera las tensiones entre las clases populares y el gran capital financiero, alimentando las luchas de clases, resquebrajando aún más el contrato entre el gran capital y las clases trabajadoras del centro y exacerbando las características plutocráticas de las repúblicas occidentales. También se polariza aún más la relación centro-periferia, alimentando las luchas Norte Global – Sur Global y dejando más en evidencia el dilema entre periferialización o insubordinación. De allí que la importancia para los pueblos de “desconectarse” (parafraseando a Samir Amin) de este modo de acumulación se vuelve cada vez más urgente.

A contramano con estas tendencias, China muestra sus posibilidades en torno a programas de inversión masiva y a largo plazo, en grandes volúmenes desde el sector público. En este escenario, mientras los Estados de las economías capitalistas centrales no poseen las herramientas suficientes para quebrar la dinámica del estancamiento y retomar el crecimiento, el gobierno chino controla las finanzas nacionales, y comanda públicamente los núcleos de su economía, además de contar con una población comprometida en el desarrollo productivo a través de distintas formas de propiedad y/o participación económica.

China, con su crecimiento ininterrumpido y en ascenso a una tasa del 9% anual durante las últimas cuatro décadas, ha logrado superar a EE.UU. como la mayor economía mundial en términos de PBI, en el año 2014. Previamente ya asomaba como principal inversor y financiador de proyectos de infraestructura, y principal exportador de bienes

y servicios (así como comprador de productos primarios, lo cual ha reforzado su acercamiento con América Latina). Además, mientras el Norte Global sufre desde 2008 una situación de estancamiento, China cuadruplicó su PBI en términos nominales.

La nueva mundialización china comandada por grandes conglomerados estatales da cuenta de la emergencia de otro tipo de globalización, con características chinas (Vadell et al, 2022). Ello se refuerza con el hecho de que China cuente con 124 de las 500 principales empresas a nivel mundial medidas por ingresos, cuando en 2007 tenía sólo 25, superando por primera vez a Estados Unidos (121), según el índice Fortune Global 500 del año 2020. Esta tendencia en ascenso abre la pregunta por el tipo de mundialización que emerge, desarrolla su territorialidad y logra subordinar a las demás formas, algo que está en juego al interior de China y en el resto de los territorios mundiales.

En el marco de esta tendencia de “des-occidentalización” del sistema mundial, cabe destacar que la reorientación del dinamismo económico hacia China y el este asiático pone en cuestión la división internacional del trabajo vigente, el poder global del capital (financiero) transnacional y sus instituciones, y las jerarquías del sistema interestatal con su dinámica centro-periferia. Es decir, el ascenso de China da cuenta de un cambio de gran relevancia en el mapa del poder mundial, con implicancias para todo el Sur Global, por las crecientes contradicciones con el Norte Global que esto acarrea, lo cual expresa también la crisis del ciclo hegemónico anglo-estadounidense que se consolidó en la Segunda Posguerra.

5. Nuevo paradigma tecnológico-económico

La crisis del proyecto de modernidad occidental trae aparejada la transformación en las relaciones de producción a raíz de la emergencia de un nuevo paradigma tecnológico que combina inteligencia artificial, robotización, telecomunicaciones de 5° generación, internet de las cosas, Big Data y transición energética “verde”, entre otros elementos que componen lo que el Foro de Davos ha popularizado como “Cuarta Revolución Industrial” (Schwab, 2016).

La crisis económica mundial, acelerada por la pandemia, implica una gran destrucción de valor y ha acelerado, desde el punto de vista de la economía real, este proceso de racionalización y digitalización de los procesos productivos. Se trata de dos caras de un mismo proceso de “destrucción creativa”, que conlleva toda una reingeniería social del que hemos vivido adelantos bajo estado de emergencia.

Un dato sobresaliente para pensar la actual transición es que está abierto y en disputa quién comandará el pasaje a este nuevo paradigma, lo cual se suma a que China, gran contendiente

en la lucha por el liderazgo en estas tecnologías, no tiene un patrón de acumulación capitalista clásico, sino que combina distintos modos de producción. Es decir, el salto tecno-económico que transitamos se inserta en la formación social china en relaciones de producción combinadas, que dan lugar a lo que se conoce como “socialismo de mercado”.

Si en las décadas de 1990 y 2000 se identificaba el “Made in China” como sinónimo de productos baratos y de mala calidad, ello ha cambiado fuertemente en las últimas décadas. Se aprecia en su economía una importante expansión de sectores capital intensivos y absorción de tecnologías avanzadas, bajo un muy relevante desarrollo científico-tecnológico propio en los últimos tiempos.

Esto último fue fruto de la construcción de capacidades nacionales desde la revolución de 1949, sumado al aprendizaje realizado de las transnacionales que recibió en sus Zonas Económicas Especiales desde las reformas de 1978, que dio lugar a la innovación propia en los últimos tiempos. A su vez, el plan de desarrollo industrial oficial (“Made in China 2025”) establece la meta de ser el país líder en industrias de alta tecnología.

6. Disrupciones en las periferias del sistema mundial. Una mirada desde Nuestra América

En el marco del conjunto de tendencias que se han señalado aparecen claros los efectos de toda la situación a que se ha hecho referencia para las periferias y semiperiferias. Ya desde los inicios de siglo se podía apreciar lo que ha sido señalado como una “segunda oleada” del despertar de las naciones del Sur global (Amin, 2015), luego de la primera, signada por procesos de descolonización y liberación nacional y social de posguerra en los tres continentes periferizados a manos de Occidente: América Latina, Asia y África.

Este proceso de creciente insubordinación de amplias porciones del Sur Global presenta, sin embargo, características contradictorias, flujos y reflujos, revoluciones y contrarrevoluciones, bajo una multiplicidad de proyectos que muestran distintas conducciones, así como también un conjunto de crisis y luchas de las clases y movimientos populares en el centro.

En nuestros países se ha venido buscando frenar y transformar los históricos vínculos de dependencia, por proyectos populares autónomos, de integración y emancipación de los pueblos. Se agudiza la tensión entre declive periférico o, en contraste, el desarrollo de capacidades y procesos de insubordinación para enfrentar estas tendencias presentes, acelerando así la transición geopolítica.

En América Latina en particular, el “cambio de época”, o giro nacional-popular o progresista, fue frenado en 2014-2015 por un giro neoliberal-conservador liderado por el poder financiero y las oligarquías (cuyos primeros intentos se observan en los “golpes

blandos” de Honduras en 2009 y Paraguay en 2012). Este giro dio lugar a un proceso acelerado de fragmentación, estancamiento y desindustrialización, articulado con una clara subordinación geopolítica a Estados Unidos y Occidente. Las políticas de periferalización regional llevaron a una pérdida muy importante de capacidades estatales en materia de ciencia y tecnología, inversión en salud y educación, estructura productiva, etc., justo antes de que estallara la pandemia. Sin embargo, ese giro conservador no logró sostenerse, y son evidentes los síntomas de que el «sistema no se aguanta» y que está agotado el neoliberalismo periférico impuesto a fuerza de golpes en los 1970-1980.

El escenario regional se presenta por demás convulsionado y abierto. Ante la dificultad de sostener una estructura social tan desigual, contener los estallidos sociales y frenar un nuevo giro nacional popular democrático o “progresista”, emergen fuerzas reaccionarias con elementos neofascistas en tensión con el conservadurismo liberal, que llevan el debate a lo ideológico y, sobre todo, al pleno emocional, se despojan de todo ropaje republicano y obturan la discusión de intereses y proyectos.

En plena transición del mapa del poder mundial, con profundas transformaciones que apenas estamos vislumbrando, en la región recrudecen las disputas para definir el rumbo que se tomará. La pandemia aceleró esta encrucijada tanto como las injusticias de la realidad social.

De ahí que se tornan relevantes los análisis rigurosos sobre el carácter específico que adquieren estas crisis y transiciones, dentro de las cuales el caso de China, analizado en diálogo con el declive de la hegemonía norteamericana, nos permite continuar profundizando en los rasgos que este nuevo momento geopolítico asume.

Bibliografía

-Amin, S. (2015). De Bandung (1955) a 2015: Viejos y nuevos desafíos. *Revista América Latina en Movimiento* No. 504, “60 años después: Vigencia del espíritu de Bandung”.

-Arrighi, G. (2007). *Adam Smith en Beijing. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Akal.

-Arrighi, G.; Silver, B. (2011). *Caos y orden en el sistema mundo moderno*. Akal.

-Bilmes, J.; Dubin, M.; Liaudat, S. (2020). Pandemia o la continuación de la guerra por otros medios. En U. Bosia & E. Ivanis (comps.) *Sopa de carpincho: ideas a un metro de distancia* (pp. 99-104). Instituto Democracia.

-Colombo, S.; de Angelis, I. (2021). La República Popular China y Estados Unidos: revolución científico-tecnológica y disputa tecnológica en el siglo XXI. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 66(243), 163-189.

- Cox, R. (2016). Gramsci, hegemonía y relaciones internacionales: Un ensayo sobre el método. *Relaciones Internacionales*, n. 31.
- Grosfoguel, R. (2016). Caos sistémico, crisis civilizatoria y proyectos descoloniales: pensar más allá del proceso civilizatorio de la modernidad/colonialidad. *Tabula Rasa*, N° 25: 153-174.
- Jabbour, E.; Dantas, A.; Vadell, J. (2022). Da nova economia do projeto à globalização instituída pela China. *Estudos Internacionais: Revista De relações Internacionais Da PUC Minas*, 9(4), 90-105.
- Haro Sly, M. J., & Liaudat, S. (2021). ¿Qué podemos aprender de China en política científica y tecnológica? *Ciencia, Tecnología y Política*, 4(6), 052.
- Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones y fin del capitalismo*. IAEN.
- Martins, C. E. (2011). *Globalização, dependência e neoliberalismo na América Latina*. Boitempo.
- Merino, G. E. (2020a). Neoliberalismo, capitalismo financiero y mundo unipolar: Auge, crisis y transición histórica. En: M. N. Oporto, A. Quiroga, C. N. Rogovsky (Comps.). *Historia social contemporánea: Una invitación a pensar desde el Sur*. La Plata: Editorial Papel Cocido, UNLP.
- Merino, G. (2020b). El ascenso de China y las disputas estratégicas en los grupos dominantes de los Estados Unidos. *Brazilian Journal of Latin American Studies - Cadernos Prolam/USP*, v. 19, n. 37, p. 44-77.
- Merino, G. (2022). Nuevo momento geopolítico mundial: La Pandemia y la aceleración de las tendencias de la transición histórica-espacial contemporánea. *Estudos Internacionais: Revista De Relações Internacionais Da PUC Minas*, 9(4), 106-130.
- Merino, G. E.; Regueiro Bello, L.; Iglecias, W. T. (coords.) (2022). *China y el nuevo mapa de poder mundial. Una perspectiva desde América Latina*. CLACSO – IRI-UNLP.
- Methol Ferré, A. (2009). *Los Estados continentales y el Mercosur*. Instituto Jauretche.
- Molinero, J. (2021). Las empresas del Estado en China. *Realidad Económica* 343(51), 43-72.
- Rosales, O. (2020). *El sueño chino*. Siglo XXI – CEPAL.
- Regueiro, L. (2019). América Latina y el Caribe, región en disputa: Estados Unidos versus China. *Revista de Estudios Estratégicos*, n. 7, p. 51-86, CIPI.
- Schwab, K. (2016). *La Cuarta Revolución Industrial*. Foro Económico Mundial – Debate.